

GRACIAS Y DESGRACIAS DE NUESTRAS CIUDADES

Marcelo Carvalho Ferráz

Traducción del original en portugués: María Eugenia Pereira (2010)

Amamos y odiamos nuestras ciudades casi simultáneamente. Basta un comentario “extranjero” para que salgamos en una defensa apasionada de la ciudad en que vivimos. Pero entre nosotros habitantes, no escatimamos en críticas a las carencias y defectos de nuestra ciudad, que tanto sufrimiento nos causa. Y los arquitectos, ¿qué tienen que ver con esto?

Desde hace tiempo que nosotros, arquitectos, transitamos por interminables discusiones teóricas y por innumerables tratados sobre asuntos de programa y proyecto, los llamados “métodos proyectuales”. Ese es un tema que construye a la arquitectura a lo largo del tiempo: es el fundamento. Pero no por eso podemos afirmar que nuestras ciudades - las brasileñas - han presentado progreso en sus niveles de confort urbano y de “vida conversable”, como al decir del poeta Fernando Pessoa. Todo lo contrario.

Por la propia naturaleza de la arquitectura - transitar en una zona del fenómeno o de la fenomenología - el espacio sólo existe cuando es experimentado, cuando es vivenciado en el tiempo de cada individuo o de cada comunidad. Por lo tanto, los asuntos de programa y proyecto están inmediatamente relacionados al uso del espacio y a las diferentes percepciones de los diferentes usuarios (cultural y psicológicamente hablando). No hay abordaje absoluto o exacto para llegar a un buen proyecto arquitectónico. En el proceso proyectual, como en una partida de ajedrez, a cada acto o decisión tomada, debemos rever tácticas y estrategias para la concreción de los objetivos; a cada acción interferimos y modificamos la realidad con la que estamos trabajando. Programa y proyecto se transmutan en el tiempo/espacio de la realización arquitectónica, de los primeros estudios y abordajes del problema, al final de la obra y su ocupación y uso. Cambios políticos y contingencias de todo orden afectan directamente a la arquitectura.

Definitivamente, la arquitectura no es una disciplina exacta. Viviendo entre el arte y la técnica, produciendo arte y técnica, es también poética.

Podemos identificar en varios momentos de la historia de la arquitectura occidental cuándo los conceptos de programa y proyecto estuvieron absolutamente integrados, fundidos en una unidad de acción, y cuándo estuvieron disociados, dando espacio para la producción de una arquitectura de baja calidad. Con raras y buenas excepciones, vivimos hoy, de modo general, este segundo momento, en el que el proyecto se desvincula del programa de tal manera que las consecuencias nefastas son inmediatamente sentidas en nuestras ciudades, en nuestra cotidianidad.

Abriendo un paréntesis, es importante aclarar aquí que no estamos hablando de programa como un simple conjunto de necesidades espaciales. Entendemos por

programa la demanda humana más abarcativa y profunda, ya sea en el ámbito de la vida íntima, individual, o en la vida en colectividad, pública. Programa en tanto toma de conciencia acerca del significado o de la identidad del lugar, del lugar en tanto espacio habitado. Cito aquí al arquitecto portugués Álvaro Siza: "... una cosa es el lugar físico, otra cosa es el lugar para el proyecto. Y el lugar no es ningún punto de partida, sino un punto de llegada. Percibir qué es el lugar es ya hacer el proyecto".

Por lo tanto, proyectar es captar e inventar el lugar al mismo tiempo.

Vivimos la época de la post cultura del espectáculo, la cultura de la apariencia. Hoy en día, importa menos lo que eres que lo que parece ser. La apariencia lo es todo. Apariencia como fin en sí mismo. Y la arquitectura es uno de los mejores vehículos de esa falacia. Sin importar el programa, su contenido, o, como quiere Siza, el "lugar", el proyecto toma el rumbo y la reglas del más cruel formalismo. Cruel porque desprecia el hecho de que su objetivo final es el uso – el comportamiento humano y el propio ser humano, con sus idiosincrasias, sus diferencias culturales, sus diversas concepciones del mundo y formas de estar en el mundo.

Así, la arquitectura se deshumaniza, celebrando las apariencias, creando simulacros o formas disimuladas de segregación, dominación y poder. Son los incontables marcos urbanos nefastos.

Podemos profundizar un poco más en esta idea de programa más allá de la demanda explícita o subyacente de un grupo o grupos de personas. Podemos agregar al concepto de programa el uso o la vida que se dará en el futuro espacio a construir, hechos posteriores al proyecto. Si se concibiera al proyecto como analítico-investigativo y propositivo al mismo tiempo, estaríamos fundiendo los conceptos de programa y proyecto en una misma unidad de acción. Acción que lee, evalúa, interpreta, propone y modifica relaciones humanas, comportamientos individuales y colectivos, intercambios y convivencia; acción que producirá comodidad o incomodidad, serenidad o agitación, placer y sufrimiento. En conclusión, proyectar es deseo de realizar algo en el futuro.

Saber interpretar, leer, traducir en espacio la voluntad más íntima del individuo o anhelos colectivos, es la tarea del arquitecto. Al proyectar, el arquitecto debe dar mucho de sí, debe colocarse en la situación "del otro", estar "en sus zapatos" en las innumerables situaciones que pueden presentarse. Al proyectar un restaurante, ser cocinero y *gourmet*; un hospital, ser paciente y médico; una escuela, ser alumno y profesor... La arquitectura será así entendida como una prenda que vestimos, o que nos viste: cómoda, justa, apropiada o absolutamente incómoda e inapropiada – física y psicológicamente hablando. Y no importa si la escala es la del objeto, la de la casa o la de la ciudad. El diseño de un vaso o de una silla importa tanto como el de una plaza o de un *boulevard*.

Este discurso puede parecer una exageración cuando reflexionamos sobre nuestra práctica arquitectónica. Pero el hecho es que en esta práctica todo es posible. En la poética de la arquitectura, podemos abarcar grandes porciones del

mundo, tanto en el tiempo, como en el espacio. Nos guiamos por la imaginación y por la responsabilidad civil, por la libertad de creación y por la búsqueda de rigor en nuestros proyectos.

Cuando se trata de programas o demandas de espacios públicos o marcos urbanos, existen momentos en los que debemos ser muy contundentes, afirmativos en nuestra proposición/proyecto. Pero existen aquellos momentos en los que debemos casi desaparecer, como un traspunte de teatro: dar toques mínimos en puntos específicos, ser invisibles, arreglar cosas con manos leves... y el resultado se sentirá. Cito aquí el ejemplo del SESC – Fábrica de Pompeia, de Lina Bo Bardi, que va de la delicadeza de la recuperación de la antigua fábrica de tambores de acero a la violencia de la inserción de los bloques deportivos en hormigón visto, con sus pasarelas fantásticas al modo de Metrópolis, de Fritz Lang. El quehacer arquitectónico transita entre estos dos extremos, dependiendo de cada uno de nosotros, arquitectos, tomar la decisión correcta. Y entonces no se trata de azar o suerte. Nuestras elecciones deliberadas afectarán irremediabilmente la vida de mucha gente, ya que la arquitectura, luego de realizada, no podrá ser guardada en un cajón o tirada por la ventana. Será siempre una gracia o desgracia más de nuestras ciudades.



Fotografías: María Victoria Bidegain

Marcelo Carvalho Ferráz nació en 1955 en Carmo de Minas. Se gradúa en Arquitectura en 1978 en la Universidad de Sao Paulo (FAU-USP) Colaborador de Lina Bo Bardi, entre otros proyectos en el Centro SESC Pompéia, en Sao Paulo (1977)